

muy influyentes y que era probable que á la aparicion de un ejército aliado imitaran el ejemplo de los burdeleses. Semejante revelacion tenia á la sazón una gravedad inmensa, pues acababa de esclarecer la situacion política y ponía término á todas las vacilaciones que aun se pudieran manifestar sobre la conducta mas conveniente. Tras de esta declaracion involuntaria escapada al gobierno del emperador, á su esposa, á su ministro de Policía, ya no se podia dudar que su trono estaba próximo á rodar por el suelo, ni que llegar á París era el medio mas seguro de desmoronarlo. De prisa fueron despertados el emperador Alejandro y el príncipe de Schwarzenberg, se les comunicaron los documentos interceptados, y la demostracion fué completa así para el uno como para el otro. Marchar sobre París pareció la resolución en que al punto habia que fijarse, y que á la salida del sol se debía poner en planta. Actualmente no se hallaban reunidos los tres soberanos. Alejandro, como el mas activo de los tres y anheloso de figurar en todas partes, y con especialidad entre los gefes, estaba al lado del generalísimo austriaco. El mas modesto, el mas sesudo, el que andaba menos en movimiento, y que, por no ser militar siquiera, se esmeraba en no embarazar con su presencia á los militares, el emperador Francisco, residia entonces bastante lejos, á saber en Bar-sur-Aube. Formando el rey de Prusia una especie de término medio entre ambos, mas reservado que el uno y mas activo que el otro, se quedó á pernoctar en las cercanías. Convenidos quedaron en que se le fuera á buscar sin demora, en que así que amaneciese se pondria el ejército en movimiento para acercarse

se al Marne, donde se debía encontrar Blucher, y en que juntos, y después de una deliberacion cuyo resultado no podia ser dudoso por la presencia de los prusianos, se emprenderia desde allí el camino de París. El príncipe de Schwarzenberg tomó á su cargo comunicar á su soberano lo resuelto, y, al escribirle, no pudo menos de recomendar que no pensara en incorporarse á la columna de invasion, pues á vueltas del cruzamiento de los ejércitos beligerantes, podia caer en manos de su yerno, lo cual seria una complicacion grave en las actuales circunstancias. A través de la Borgoña existía, por decirlo así, una línea de comunicacion casi austriaca, puesto que de Troyes á Dijon se habian eviado socorros al conde de Bubna. Así el príncipe de Schwarzenberg encargó al emperador Francisco y á Mr. de Metternich que fueran hácia Dijon, pues además de no ser cuerdo que se expusieran á ser cogidos, no parecia conveniente que el emperador Francisco asistiera al destronamiento de su yerno, y, sobre todo, al de su hija. Tras de adoptar estas disposiciones, se abandonó á Dampierre el 24 por la mañana para dirigirse á Sommepeuis.

No se necesitaba mucho para llegar á este punto, pues casi no distaba tres leguas. De Dampierre salieron juntos el emperador Alejandro, el príncipe de Schwarzenberg, el gefe de estado mayor Wolkonski, el conde de Nesselrode, y en Sommepeuis encontraron al rey de Prusia y á Blucher. Segun se asegura, la resolución que debía llevar al seno de París los ejércitos de Europa, se tomó sobre un cerrillo, situado en las cercanías de Sommepeuis; resolución ya prejuzgada, pues á todos los senti-



mientos, que habian hablado en el castillo de Dampierre, se iban á agregar las pasiones prusianas. Casi logróse unanimidad de pareceres. Con efecto, de tropel se ocurrían las réplicas á los argumentos de los militares metódicos y aferrados á las reglas de la guerra servilmente comprendidas. Napoleon se iba á situar sobre las comunicaciones de los ejércitos aliados, mas tambien estos se iban á situar sobre las suyas. Todo el daño que ocasionara al apoderarse de los almacenes de los aliados, de sus hospitales, de sus retaguardias, de sus convoyes de material, se le devolvería doble ó triple, cogiendo cuanto se hallara entre París y el ejército francés por el camino de Nancy. Tal vez cogeria mucho; pero se le cogeria mas de fijo. ¿Y dónde irían además unos y otros? Napoleon á Metz, á Estrasburgo, donde su presencia no resolvería nada, y los aliados á París donde estaban ciertos de operar una revolucion, y de arrancar á Napoleon el poder que le hacia tan formidable. Seguirle equivalia á obedecer sus miras, pues evidentemente así lo habia querido, al ejecutar este movimiento tan extraño, tan imprevisto hácia la Lorena. Esto era dejarse desviar del objeto principal, y exponerse á una nueva série de aventuras militares, pues se le encontraria reforzado por la incorporacion de sus guarniciones; se tornaria á empezar con ejércitos estenuados contra otros recién reclutados el terrible juego de las batallas, en el cual habia que confesar que Napoleon era mas fuerte, se daría en lentitudes y en complicaciones interminables; y muy probablemente se acabaria por caer en algun lazo que tuviera el arte de tender, que no hubiera arte para evitar, y en el cual se sucumbiera al ca-

bo. Lo mas corto era ir á París y herir á Napoleon en el corazon, y tambien lo mas seguro aunque semejara mas aventurado; y poniéndose en lo peor y dando por hecho que no se pudiera entrar en la capital de Francia, siempre quedaba asegurada la línea de retirada del camino de París á Lila, del camino de Bélgica, donde se encontraría al príncipe de Suecia á la cabeza de cien mil holandeses, ingleses, hannoverianos y suecos.

Nada concluyente se podia oponer á estas razones. Así cedieron todos, y desbarataron los cálculos de Napoleon, porque todos consultaron las consideraciones políticas, á la par que él, despreciando la política, á cuyos consejos no prestaba oídos, solo tuvo en cuenta las consideraciones militares. Según costumbre, teniendo razon militarmente, políticamente caía en yerro, y de errar siempre de este modo, al fin habia de perecer sin remedio.

Inmediatamente se resolvió, pues, que todos los cuerpos de ejército hicieran alto donde se hallaran entonces, y que se les mandara emprender su marcha sobre París al día siguiente por la mañana. Con todo, no se podia dejar á Napoleon sin que velara alguien detrás de su huella, ora para hostigarle, ora para observarle, y para tener aviso de lo que hacia en el caso de que, mudando de consejo, tomara la vuelta de París. Se encargó al general Wintzingerode que fuera en su seguimiento con diez mil caballos, algunos miles de hombres de infantería lijera, y numerosa artillería montada. No se necesitaban mas fuerzas para causarle aquí y allí algunos daños, y, sobre todo, para conocer sus resoluciones tan luego como las tomase. Al hacer rumbo á París se hubiera querido tener un



emisario que precediera al ejército aliado, y se relacionara con Mrs. de Talleyrand y de Dalberg, sobre quienes se contaba para operar una revolución. Uno había indicado de sobra, Mr. de Vitrolles, enviado por estos gefes de descontentos, y al investirle con tal comision no se hacia mas que responder á una abertura iniciada por su parte. Pero á Mr. de Vitrolles no le tenian á mano. Fuerza es decir que, fieles á los empeños contraidos en Chatillon los soberanos aliados, no quisieron oír á Mr. de Vitrolles antes de la disolucion del congreso. Despues, juzgándose ya libres, se avinieron á recibirle y á escucharle, y le manifestaron el deseo de que regresara á París. Mas éste, con afan de ver á los Borbones, á quienes amaba, y que iban á ser soberanos de Francia, quiso mejor dirigirse á Lorena, donde suponía al conde de Artois ya llegado, que volver á París, con exposicion de caer en manos del duque de Rovigo. De consiguiente, insistió para que se le permitiera ir en busca del conde de Artois. Con efecto, había muchas cosas útiles que hacer al lado de este príncipe, siendo urgente, para el mismo dia, de penetrar en aquel París tan temible y tan temido, presentarse, no como conquistadores, sino como libertadores, y tener para esto un gobierno á punto, en cuyos brazos se pudiera echar Francia; y aunque no fueran objeto los Borbones de una preferencia decidida por parte de las potencias aliadas, la vuelta de estos príncipes resultaba tan naturalmente de la fuerza de las cosas que era de importancia summa entenderse con ellos. Así los soberanos aliados consintieron en el viaje de Mr. de Vitrolles á Lorena, y se convino en que despues de ver al conde

de Artois, retornara al cuartel general junto á París. Se le encargó decir al conde de Artois que, al volver á pisar el suelo de Francia, convenia desprenderse de muchas preocupaciones, olvidar muchas cosas y muchos hombres, y guiarse por el consejo de Mrs. de Talleyrand, de Dalberg y otros personajes de igual nota.

Habiendo partido Mr. de Vitrolles antes de los sucesos de Arcis-sur-Aube, al marchar sobre París, no había preparado ningun medio de comunicarse con los de dentro; pero se presumia que, una vez abiertas por el cañon las puertas de esta capital, ya seria facil entablar relaciones. Al dia siguiente, 25 de marzo, dia de funesta memoria, ya juntas las masas de la coalicion, se pusieron en movimiento, el ejército de Blucher por la derecha, el ejército de Schwarzenberg por la izquierda, uno y otro dirigiéndose á Fère-Champenoise, camino de París entre el Marne y el Sena.

En esta direccion era imposible que no encontraran muchos cuerpos, desunidos, por desgracia, y con orden y deseo de juntarse á Napoleon. Los principales eran los de los mariscales Mortier y Marmont, dejados en observacion delante de Blucher, y el gran convoy de refuerzos y de material enviado sobre Sezanne para recibir alli la escolta del general Pachtod. Véase lo que hasta el 25 de marzo había acontecido á unos y á otros.

Al salir Napoleon de Reims, dejó en esta ciudad á Mortier para servir de apoyo al mariscal Marmont, que defendia el puente de Aisne en Berry-au-Bac, mientras que el general Charpentier con algunos restos de tropas defendia en Soissons el segundo puente del mismo rio. Cuando, tras de



perder Blucher en Laon seis ó siete dias en vanas deliberaciones, quiso marchar sobre el Aisne, halló el puente de Berry-au-Bac harto bien guardado para que probara á tomarlo á viva fuerza. A algunas leguas mas arriba, á Neufchatel, donde era fácil el paso, envió un fuerte destacamento, á la par que fingia quererlo cruzar por Pontavert, algo mas abajo. Asi que el destacamento, trasladado por Neufchatel á la otra ribera del Aisne, bajó á la altura de Berry-au-Bac, se adelantó Blucher el 48 sobre este punto para atacarlo. Pero el mariscal Marmont lo habia minado, y una esplosion espantosa lo hizo volar por los aires á la vista del ejército prusiano. Entonces Marmont se retiró por Boucy á Fismes. Esta fué una falta y origen de grandes infortunios.

Lo mas natural para el mariscal Marmont, fuera retirarse hácia su reserva, es decir, sobre el mariscal Mortier que se hallaba en Reims. Verdad es que Napoleon habia dado la doble instruccion de cubrir á París y de mantenerse en comunicacion con su hueste. Pero, si Fismes estaba sobre el camino de París, tambien lo estaba Reims, y ofrecia la ventaja de la reunion de fuerzas y de permanecer en comunicacion inmedia con Napoleon. De consiguiente, conviniera retirarse á Reims y no á Fismes, porque marchando hácia este punto, casi habia exposicion segura de ser cortado de Napoleon, lo cual era contrario á la mitad de sus órdenes, y podia producir funestas consecuencias, segun se va á ver ahora.

Impresionado probablemente el mariscal Marmont por la vista de los cuerpos enemigos, que por Neufchatel habian pasado el Aisne y se dirigian

contra su derecha, se encaminó instintivamente á la izquierda, y por esta razon maquinal del todo replegóse hácia Fismes. Al llegar á este punto se halló aislado, y llamó al mariscal Mortier en su ayuda. Este, modesto, nada celoso, muy al cabo de que el mariscal Marmont le aventajaba en talento, sin hacer cuenta de que no tenia tan buen juicio, se creyó obligado á deferir al dictámen de su compañero, partió el 49 de Reims, y vino á juntarsele á Fismes, lo cual demuestra que ambos mariscales se pudieran trasladar á Reims desde luego, sin quedar cortados del camino de París. Entre los dos contaban cerca de quince mil hombres.

Sobre una altura llamada de Saint-Martin permanecieron en posicion hasta el dia siguiente 20 de marzo por la noche; tan poco insistente se manifestaba el enemigo, tan posible fuera maniobrar estos primeros dias entre París y Napoleon como se juzgara mas oportuno. Durante la noche del 20 les llegaron despachos de Napoleon, escritos desde Plancy á la hora en que emprendia la marcha á Arcis, que censuraban el movimiento sobre Fismes, á causa de separar á los dos mariscales del grueso de la hueste, y que les prescribian que se le incorporaran por el camino mas corto y mas seguro. Retornar á Reims no era ya posible, como que el enemigo se habia aprovechado de nuestra retirada con el fin de ocuparlo. De Fismes á Epernay fuera la direccion mas recta para unirse á Napoleon, pero no habia por donde llevar la artilleria. De consiguiente, se necesitaba descender á Chateau-Thierry para pasar el Marne, y subir despues entre este rio y el Sena por el camino de Montmirail, y perder dos dias, exponiéndose á en-



cuentros fatales. Como no habia eleccion, durante la misma noche del 20 partieron los dos mariscales, y llegaron á Chateau-Thierry al dia siguiente. Tras de restablecer allí el paso del Marne, se trasladaron el 22 á Champaubert por dos caminos diversos, para no embarazarse uno á otro yendo por el mismo. Allí se hallaron á la caída de la tarde. Se dirigieron el 23 á Bergères, y comenzaron á descubrir las partidas enemigas. Entonces ya no pudieron marchar sin vacilaciones. Antes de moverse de este punto supieron que Napoleon habia tenido una sangrienta refriega en Arcis, y repasado el Aube, y trasladándose al Marne hácia las inmediaciones de Vitry. Por grande que fuera el peligro, en buscarle por esta direccion y en ver de llegar á su lado, se cifraba el deber de los mariscales. Asi resolvieron avanzar hasta Soude-Sainte-Croix, á media jornada de Vitry. Si hallaban un hueco por entre las columnas del ejército aliado, su intencion era meterse por allí á ciegas para unirse á Napoleon. Si no podian lograrlo, y dicho ejército se atravesaba de por medio en masa compacta, su plan se reducía á seguir con precaucion sus movimientos y á replegarse para cubrir á Paris, en el caso de que se avanzara en su contra. A la verdad, ya cometida la falta de retirarse á Fismes en vez de retirarse á Reims, no se podia observar otra conducta.

Al dia siguiente 24 se encaminaron los dos mariscales á Soude-Sainte-Croix; mas deseoso Mortier de averiguar lo que pasaba al otro lado de Chalons, determinó tomar la travesía de Vatry, que necesariamente habia de alargar su camino. Llegado Marmont á Soude-Sainte-Croix por la no-

che, se halló solo en la cita y experimentó gran zozobra. A su vista se desarrollaba tal línea de honueras que el horizonte parecia abrasado. Entonces eligió tres de sus oficiales, versados en el alemán y el polaco, y les envió de reconocimiento. Uno de ellos, oriundo de Polonia, tan bizarro como entendido, penetró en los vivaques de los contrarios, y lo supo todo. Al instante vino á dar cuenta al mariscal Marmont de cuanto habia indagado. A su decir, teníamos delante á todos los ejércitos de la coaliccion en número de cerca de doscientos mil hombres, y masa tan enorme les separaba de Napoleon, ya en camino de Saint-Dizier. No era posible ir hasta el ejército imperial por entre un obstáculo de tal monta. Marmont despachó un oficial á Mortier para invitarle á unirsele cuanto antes, y comprometerle á tomar hácia la espalda una posicion que les pusiera á resguardo de la peligrosa veindad á que se acababa de dar vista. Ambos el dia 25 de marzo. En hacer la travesía de Vatry perdió tiempo bastante; por lo demás, averiguó lo mismo que su compañero. De resultas de esta conformidad de noticias, ambos fueron de opinion de retrogradar á Fère-Champenoise. Al parecer se encaminaban sobre ellos las columnas del enemigo, y hacian inevitable este movimiento. De consiguiente, Marmont se apresuró á retirarse hácia Sommesous, no sin rogar con instancia á su compañero que se dirigiera al mismo punto. Tales fueron las operaciones de los mariscales Marmont y Mortier hasta el 25 de marzo por la mañana, hora en que se movian para marchar sobre Paris los ejércitos aliados. Otros dos cuerpos, los



de los generales Pachtod y Compans se iban á encontrar en una situacion semejante. En Sezanne se habia quedado el primero con su division de guardias nacionales, para escoltar los refuerzos destinados al ejército. Sucesivamente allegó diversos batallones, unos de línea y otros de Jóven Guardia, procedentes de París á las órdenes del general Compans, una inmensa artillería, sumando en totalidad unos diez mil hombres, con los cuales contaba Napoleon de refuerzo, por lo cual los habia recomendado muchas veces al ministro de la Guerra. Mas no atendiéndoles este ministro, aquellos batallones vagaban á la aventura en espera de órdenes que no llegaban á sacarles de dudas. Enterado Pachtod, de resultados de varios reconocimientos, de estar cerca de Marmont y Mortier, escribió á éste, el cual no supo qué contestarle, y no recibiendo respuesta, se encaminó de Sezanne á Fère-Champenoise, en la direccion del Aube al Marne, lo cual le debia hacer tocar á través de la línea seguida por los dos mariscales y facilitarle el modo de unirse á ellos. En esta propia mañana del 25 cruzó la tal línea y fué á un sitio denominado Villeseneux. El general Compans siguió al general Pachtod bastante de lejos.

Tal era la posicion de los diversos cuerpos franceses cuando los ejércitos aliados, abandonando á Wintzingerode la persecucion de Napoleon, tomaron el camino de París el 25 por la mañana. Blucher se adelantaba por la derecha, apoyándose en el Marne, Schwarzenberg por la izquierda, apoyándose en el Aube. Cerca de veinte mil ginetes precedian á las dos columnas, y la infantería continuaba á distancia de media hora.

Asi que el mariscal Marmont vió amenazar la tempestad hácia su lado, comprendió que el enemigo se apartaba de Napoleon para dirigirse á París, y retrocedió á Sommesous, camino de Fère-Champenoise. Como excelente evolucionario, retrogradó el mariscal en buen orden, no sin abrigar su caballería escasa detrás de sus cuadros de infantería. A cada posicion sostenible hacia alto, cubria de metralla al enemigo que mas le iba á los alcances, y luego se volvia á poner en marcha, protegiendo siempre su artillería y su caballería con sus cuadros, cuya solidez no alojaba nunca.

En Sommesous experimentó una nueva contrariedad. Sin embargo de apresurarse Mortier, aun no habia podido acudir á la cita, y fuerza fué esperarle, á fin de precaver una separacion. Juntos los dos mariscales reunian quince mil hombres á lo sumo. ¿Qué seria de ellos si cada cual iba por su lado?

Marmont, aguardó, pues, á pie firme á su compañero, mas tuvo que sufrir muchas cargas de caballería, y que perder, lo cual era aun mas sensible, muchos momentos preciosos, durante los cuales tenian espacio para avanzar las columnas enemigas y mostrarse mas amenazadoras. Al cabo apareció Mortier y emprendióse la marcha á Fère-Champenoise.

Apenas habian andado algunos miles de metros, se vieron acometidos por una formidable masa de tropas de á caballo, apoyada por infantería. Los dos mariscales se refugiaron á una posicion que les permitia resistir cierto tiempo. Dos quebradas muy próximas, que corrian paralelamente, una hácia Vassimont y otra hácia Connantray,



dejaban entre sí abierto un espacio poco extendido y de bastante fácil defensa. En medio de las dos quebradas se fueron á situar los dos mariscales, barreando el espacio que les separaba, con su izquierda en la de Vassimont y su derecha en la de Connantray, y cubriendo así el camino de Fère-Champenoise. Cuanto les fué posible mantuvieron esta posición en frente de la caballería y de la artillería de los contrarios. Denodadamente se defendió la caballería francesa dejada en el llano, si bien al cabo fué arrollada por la de Pahlen, y obligada á replegarse detrás de nuestra infantería.

En esto, el tiempo, que era malo, se puso peor de repente, y dando de cara á nuestros artilleros un abundante granizo, hasta quitarles casi la vista de los objetos, se lanzaron los guardias rusos de á caballo sobre los coraceros de Bordessoulle, que se hallaban á nuestra izquierda, y les arrollaron sobre nuestros infantes. Habiendo formado sus cuadros la Jóven Guardia á toda prisa, y no permitiéndola hacer uso de sus fuegos la lluvia, no pudo contener al enemigo, y dos cuadros de la brigada de Jamin fueron rotos. A la sazón un espectáculo propio á infundir zozobra llegó á turbar la serenidad de aquellas tropas incontrastables hasta el presente á pesar de lo hisoñas. No bastaba disputar una ó dos horas el terreno extendido entre las quebradas de Vassimont y de Connantray, sino que habia que finalizar por replegarse, y desfilar para ello por mitad de la aldea de Connantray, donde habíamos apoyado nuestra derecha, y por donde pasaba el camino real de Fère-Champenoise. Ahora bien, mientras el grueso de la caballería nos atacaba de frente, una parte de ella habia cru-

zado la quebrada de Connantray á nuestra derecha, y galopaba sobre nuestra espalda hacia Fère-Champenoise. Juntándose de esta suerte los amagos á nuestra espalda á los reiterados ataques de cara, se hizo un rápido cambio de frente, y se emprendió con cierta confusión hacia Fère-Champenoise la retirada. El cuerpo de Marmont consiguió cruzar por Connantray, sin perder mas que algunos cañones; pero á Mortier le costó gran trabajo salir del apuro, y se le agobiara si un inesperado socorro no sobreviniera de improviso.

Entre las tropas de los generales Pacthod y Compans habia regimientos de caballería, organizados presurosamente en los depósitos de Versailles. Habiendo seguido uno de ellos el movimiento del general Pacthod, asomó de pronto entre Vassimont y Connantray, cargó á la caballería contraria, libertó á nuestra infantería, y salvó el cuerpo del mariscal. Este mariscal salió del trance á semejanza de Marmont, sacrificando parte de su artillería, que no pudo cruzar la quebrada de Connantray para ganar á Fère-Champenoise.

Esta refriega, en que aliándose el mal tiempo á un enemigo diez veces mas numeroso que nosotros paralizó la resistencia de nuestros soldados, nos costó cerca de tres mil hombres y mucha artillería. Pérdida cruel era de suyo, y además con relación á la debilidad numérica de los dos mariscales, no siendo tampoco la última que debían sufrir antes de mucho.

Imposible era permanecer en Fère-Champenoise, y no habia manera de parar hasta de noche. Forzoso fué, de consiguiente, ponerse en marcha para Sozanne; mas tampoco se contaba por seguro



llegar á este sitio, á causa de lo mucho que apretaban las oleadas de los contrarios. Por dicha, para dirigirse á Sezanne, se falseaban las alturas, por cuya cima pasa el camino real de Chalons á Montmirail, y donde se habian dado un mes atrás, tan insignes combates. Cerca y sobre la derecha se hallaba uno de los montecillos correspondientes á estas cumbres, y formando una especie de promontorio avanzado hácia la llanura. Allí se fué á tomar posicion para hacer noche y ponerse al abrigo de los continuos ataques de la caballería de los aliados. Pero mientras se marchaba á este punto, sobre la derecha y á la espalda, retumbaba un horroroso cañoneo. Zozobrosos mostráronse los mariscales, y entonces Mortier hizo memoria del bizarro é infeliz Pacthod, que le habia pedido instrucciones, y á quien no pudo dar respuesta.

Con efecto, ansioso el general Pacthod de juntarse á los mariscales, se encaminó mas allá de Fère-Champenoise, y para encontrarlos se adelantó hasta Villeseneux. Con la noticia del movimiento retrógrado de ellos, se tornaba perseguido por la caballería de Wassiltsikoff, y se dirigia á Fère-Champenoise á la par que Mortier efectuaba su salida. No lisonjeándose ya de llegar allí el general Pacthod, abrazó el partido de retirarse hácia Pierre-Morains y Bannes, con la esperanza de hallar un asilo cerca de los pantanos de Saint-Gond. Con tres mil guardias nacionales marchaba formado en cinco cuadros, y vióse compelido á refugiarse en una hondonada, que ceñian las tropas enemigas por todas partes. De pronto no se reconocieron las tales tropas, unas pertenecientes á Blucher, otras al príncipe de Schwarzenberg, y se dispa-

ron algunos tiros. Muy presto salieron de su error y cruzaron sus fuegos sobre los infelices cuadros del general Pacthod. Encargados dos de ellos de formar desde Villeseneux la retaguardia, no cesaron de mostrar serenidad heroica, á pesar de componerse de guardias nacionales, que en su mayoría jamás habian hecho la guerra. Cercados y abrumados de metralla se mantuvieron firmes, hasta que demolidos por la artillería, y rotos al fin por la caballería, fueron acuchillados, en términos de no quedar apenas con vida ni un solo hombre. Los tres cuadros restantes, empujados hácia los pantanos de Saint-Gond, acabaron por formar una sola masa, negándose bajo un diluvio de metralla de continuo á rendir las armas. Cada descarga de artillería causaba en sus filas horribles destrozos.

Llegados allí el emperador Alejandro y el rey de Prusia, se conmovieron al ver tal heroísmo. A uno de sus oficiales envió Alejandro á intimarles la rendicion en su nombre, y entonces se le entregaron los pocos que aun quedaban con vida. Este príncipe no pudo menos de concebir inquietudes á la vista de simples guardias nacionales defendiéndose con tanto denuedo, y manifestó su admiracion y asombro algunos dias mas tarde. ¡Noble y triste episodio de estas guerras tan desastradas como sangrientas!

Esta cruel jornada de Fère-Champenoise, decorada por los aliados con el título de batalla, no siendo otra cosa que el encuentro fortuito de doscientos mil hombres con algunos cuerpos extraviados, que se batieron en proporcion de uno contra diez, nos costó cerca de seis mil muertos, he-



ridos ó prisioneros; sin contar una artillería muy numerosa. Habiendo abrazado el cuerpo del general Compans el partido de retroceder desde muy temprano, marchó sobre Coulommiers, y por el camino de Meaux pudo tomar sano y salvo á las masas enemigas la delantera.

A otro dia, 26 de marzo, los dos mariscales, con la fuerza total de doce mil hombres escasos, se dirigieron á Ferté-Gaucher, para ganar el Marne entre Lagny y Meaux, y acudir á la defensa de Paris, pues desaguando, segun es sabido, el Marne junto á Charenton en el Sena, esto es, mas abajo de Paris, protege á esta capital contra el enemigo que llega del Nordeste. Muy de madrugada cruzaron por Sezanne, donde no hallaron mas que algunos cosacos que fueron dispersados, y continuaron su camino por Moeurs y Esternay. Mortier formaba la cabeza, y Marmont la cabeza de la columna.

Por la tarde las avanzadas de nuestra caballería anunciaron la presencia del enemigo en Ferté-Gaucher, lo cual produjo extremada sorpresa y no floja zozobra. Habiendo podido pasar por alli el general Compans algunas horas antes, y viniendo el enemigo detrás de nosotros, no cabia comprender cómo nos habia tomado asi la delantera. Sin embargo, era lo mas natural, aunque no semejara tal cosa. Al trasladarse Blucher sobre Chalons, para unirse alli al ejército de Bohemia, dejó á Bulow delante de Soissons, y expidió á Kleist y á de York en seguimiento de los mariscales. A Chateau-Thierry les siguieron y de aqui marcharon á Ferté-Gaucher en derechura, para cortarles el camino de Paris.

Mortier y Marmont deliberaron sobre el mismo terreno, y acordaron que el primero forzara el paso de Ferté-Gaucher, mientras el segundo contenia al enemigo encarnizado en perseguirnos, defendiendo la posicion de Moutils á muerte. Con efecto, la division de la Vieja Guardia de Christiani atacó vigorosamente á Ferté-Gaucher, aunque no pudo desalojar al enemigo bien apostado á las márgenes del Grand-Morin. Por su parte, el mariscal Marmont, se defendió en el desfiladero de Moutils con denuedo. De esta suerte, se llenó el dia, si bien con el corazon devorado por inquietudes, no sabiendo cómo salir de tan mal paso, pues delante y detrás se veian tropas aliadas. Con todo, ya de noche se discurrió bajar á la izquierda, marchando por Courtacon á campo traviesa con el fin de ver de ganar á Provins. Tal como se habia resuelto, se puso en planta. Al amparo de la oscuridad cruzóse el campo hácia la izquierda, logrando llegar á Provins, despues de terribles angustias, y sin sufrir otra pérdida que la de algunas arcas de municiones. Por fortuna se salvaron las tropas y las bocas de fuego, y apenas costó algunos carros la salida de apretura tan espantosa. Solo acontecia que el ejército habia mudado de rumbo, no quedándole otro arbitrio para llegar á Paris que el de seguir el camino que de Melun á Charenton corre á la margen derecha del Sena. De resultas, el enemigo, libre de trasladarse al Marne y de cruzarlo por donde fuera de su agrado, no tenia mas obstáculo que temer para la realizacion de sus designios, que la débil division del general Compans en retirada sobre Meaux. Asi urgia darse prisa para unirse al general Compans, si habia podido llegar